no. A condición de que sepa aprovecharse del impulso dado por ellos.

*
* *

Carlota, que tiene el gusto por la política, toma parte en los asuntos con una seriedad apasionada. Mantiene correspondencia con la emperatriz Eugenia que la alienta en este camino. Tiene la ventaja, le dice, "de que los mexicanos se ven tan bien gobernados por vos, como por el emperador". Maximiliano le confiará la regencia, como Napoleón a Eugenia, durante los viajes que emprenderá al interior del país para conocer a sus súbditos. "Desea que, como Vuestra Majestad, yo presida el consejo de los ministros. El domingo, además, doy en nombre del emperador audiencias públicas. Gran número de oficiales de Juárez se han presentado ya en ellas. Después visito tantas escuelas y establecimientos como me es posible..."

Se sentirá muy orgullosa el día en que obtendrá una decisión del consejo de ministros en favor de un proyecto de ley relativo a los indios. "Acabo de obtener un triunfo en toda la línea... Confiada en el éxito, desarrollé ante ellos teorías sociales sobre las causas de las revoluciones en México, las cuales han procedido de minorías turbulentas, apoyándose en una gran masa inerte; sobre la necesidad de volver a la humanidad a millares de hombres y de hacer cesar una plaga a la que la independencia le ha traído un remedio ineficaz, puesto que, ciudadanos de hecho, los indios han permanecido en una abyección desastrosa". Admirada, comprueba que sus palabras "prendieron", y "empieza a creer" que hizo "un gesto histórico".

Su método es muy diferente al de Maximiliano. Va derecho al objetivo. No somete su juicio a discusión del gabinete, lo que culminaría, después de haber perdido horas, en diferirlo todo hasta las calendas griegas. Llega "provista de todos los documentos por medio de los cuales estudió la cuestión del modo más profundo, más minucioso, y ya asesorada por hombres competentes..." Luego, rotundamente, se dirige a los ministros: "Señores, he aquí la cuestión; después de un serio examen, creo que debe ser resuelta en este sentido. ¿Qué opináis vosotros?" Los ministros, sorprendidos, responden que sí, por convicción o por cortesía. Entonces la emperatriz: "Habiendo sido aceptada la ley, será enviada al *Diario Oficial* esta tarde y puesta en vigor mañana". Conducidas así las cosas, los asuntos marchan con rapidez y raramente abandona el consejo con un proyecto rechazado.

Toma parte activa en los problemas que se les plantean a los nuevos soberanos y cuyo alcance mide con espíritu mucho más lúcido, mucho más realista, que Maximiliano. Cuando Bazaine, desde el mes de junio de 1864, habla de reducir las fuerzas militares, se inquieta por las partidas posibles, porque ve las cosas tales como son. No la ha cegado el entusiasmo de las multitudes, particularmente de los indios. Todavía no pueden pasarse sin el apoyo de las tropas francesas. "Las poblaciones son, a pesar de sus buenas disposiciones, de tal manera apáticas, un poco por naturaleza, y mucho como consecuencia de sus desdichas, que, si los efectivos del ejército francés fuesen de pronto disminuidos, esto daría lugar al más grave desaliento de parte de aquellos que desean el porvenir del país, y a una inseguridad muy grande para los habitantes... Estas magníficas personas reclaman la presencia del ejército francés... que es, por el momento, su único refugio". En sus cartas a Eugenia, Carlota no cesa de insistir sobre este punto. Comprende muy bien la situación.

*
* *

Aun dándose cuenta de las dificultades de su tarea, los soberanos son, sin embargo, resueltamente optimistas. Carlota "está encantada de todo", dice su dama de honor. En cartas a su familia, Maximiliano se declara encantado. Está, escribe, sobrecargado de trabajos de todas clases, "pero se trabaja con gusto cuando se tiene un objetivo, cuando se comprueba que hay agradecimiento, y cuando se tiene la esperanza de ser útil a su prójimo". Este país es, por otra parte, "mucho mejor" de lo que esperaban. "Ambos nos encontramos ya muy bien en nuestra nueva situación. Tenemos plena confianza en Dios y estamos muy contentos. Se nos ayuda de todos lados con un amor conmovedor. Ni Carlota ni yo sentimos la nostalgia del retorno".

Por su parte, Carlota le asegura a su abuela que los mexicanos "tienen gran confianza en Max y lo esperan todo de él". Inteligentes, anhelan progresar, pero hasta el momento actual habían sido engañados. Ciertamente, la obra emprendida es difícil, "pero hacedera con perseverancia y valor, y ni lo uno ni lo otro faltarán a nuestro lado... Estad tranquila respecto de nosotros; no corremos ningún peligro. Ya empiezan a amarnos y tenemos oportunidad de tener éxito. La regeneración y la felicidad de una nación valían bien la pena de hacer este viaje..." y poco después: "Lo que aquí sorprende,

es que el gobierno toma en serio su trabajo por primera vez; ya no se lanzan proclamas en todas las encrucijadas con grandes palabras sonoras, sino que trabajamos y nos ocupamos asiduamente del mejoramiento del país. La población comprende esto, y como jamás estuvo acostumbrada a la buena voluntad de nadie, su entusiasmo va siempre en aumento y degenera casi en idolatría... Max, estimado y respetado desde el primer día, es ahora adorado. Los miembros del partido republicano dicen que, cuando aún no son monárquicos, son "maximilianistas". Cuando pienso que estamos aquí apenas desde el 28 de mayo, veo que no hemos perdido nuestro tiempo... Podéis perfectamente creer todo lo bueno que los periódicos dicen de México, porque nada se acerca a la confianza y al entusiasmo con que Max es recibido dondequiera... Me siento perfectamente feliz aquí, y también Max. Nos conviene la actividad" (10 de julio de 1864).

Unos días más tarde: "Seguimos estando bien, y asimismo marcha bien todo lo demás. Max gobierna con prudencia... La misión que debemos llevar a cabo en este país es de interés siempre creciente, y no nos arrepentimos de haberla emprendido. Con un poco de paciencia, el progreso será rápido".

Ambos, es verdad, se entregan al trabajo con ardor. "Éramos demasiado jóvenes para no hacer nada", dice Carlota. Ahora, colmados sus deseos, están prontos para ejercer su oficio en conciencia.

*
* *

A partir del 11 de agosto de 1864, Maximiliano empieza a viajar, a fin de ver las cosas en el lugar mismo y por sí mismo. Quiere formarse una opinión personal.

Durante su ausencia, Carlota lo remplaza en las ceremonias oficiales. Da comidas "esmaltadas" de mexicanos y franceses. Una de estas comidas se ofrecerá en honor de Bazaine promovido a mariscal. Pero, sobre todo, hace celebrar con gran solemnidad la fiesta de la Independencia, el 16 de septiembre. Con la gran capa imperial de terciopelo carmesí bordado de oro, diadema en la cabeza y cascada de diamantes al cuello, asiste al *Te Deum* en la catedral, rodeada de un cortejo imponente. Luego se dirige a la Plaza de Armas para poner allí la primera piedra del monumento que deberá erigirse en ese lugar para conmemorar el recuerdo de ese gran acontecimiento nacional.

Se debe este monumento a la iniciativa de los soberanos. Algunos mexicanos habían tenido la idea de elevar un arco de triunfo en homenaje a la soberana. El emperador había expresado la emoción sentida por Carlota y por él mismo, pero ambos preferían, dijo, que fuese construido en ese lugar un monumento dedicado "a la independencia de la patria, ante el cual se colocarían las estatuas de los principales héroes de la liberación, Hidalgo, Morelos, Iturbide, y se escribirían en él con letras de oro los nombres de todos los jefes de esa gloriosa época. Todo el monumento estaría rematado con una gran estatua que representara dignamente a la nación". Había reclamado el honor de poner la primera piedra y le había pedido los planos al arquitecto Rodríguez.

El mismo día, en Dolores, aldea donde el cura Hidalgo había levantado el estandarte de la revuelta el 16 de septiembre de 1810, Maximiliano evocaba este recuerdo. A la cabeza de un cortejo que portaba antorchas, se dirigió, a las once de la noche —hora del levantamiento— al través de la ciudad hacia la casa de Hidalgo. Y desde una de las ventanas se dirigió en español a la multitud. Alocución vibrante que levanta aclamaciones frenéticas: "Más de medio siglo tempestuoso ha transcurrido desde que, de esta humilde casa, salió del pecho de un humilde sacerdote aquella gran palabra de independencia que resonó como un trueno de un océano al otro, y ante la cual cayeron la esclavitud y el despotismo de muchos centenares de años. Esa palabra, que brilla en medio de la noche como un relámpago, despertó a toda una nación dormida desde largo tiempo para lograr conducirla a la libertad y a la emancipación...

El germen sembrado por Hidalgo debe, al presente, crecer y desarrollarse. "Nuestra águila se lanza a los aires y estrangula entre sus garras a la serpiente de la discordia..." "Entusiasmo indescriptible", le escribe Maximiliano a Carlota.

*
* *

En el curso de este viaje, el emperador es dondequiera bien recibido. Las tropas francesas han alejado al enemigo en un radio de ciento cincuenta leguas alrededor de México, y Maximiliano tiene una corta escolta. En Morelia, la ciudad más difícil, la más peligrosa desde el punto de vista político, se le recibe "con un entusiasmo tal, como jamás lo ha visto en su vida". Apenas puede avanzar su caballo. "Cuando caminaba yo a pie, la multitud me estrechaba hasta sofocarme".

La muchedumbre quiere llevarlo a hombros, las señoras de la ciudad quieren a viva fuerza darle el abrazo.

Solemne entra en su "buena ciudad" de Querétaro, en la que admira el acueducto. Rodeado de indios que lo aclaman, sube al cerro por un sendero sinuoso, rocoso, guiado por el coronel López, aquel apuesto oficial que tiene, según se dice, el regimiento mejor puesto de todo el ejército mexicano. Aun cuando parece ya completamente consagrado al emperador, éste experimenta, a su lado, una impresión poco favorable. "¿Puedo tener confianza en él?", le pregunta al oficial francés que lo acompaña. "No más que en los demás", le responde.

Durante el viaje, Maximiliano encuentra de nuevo al hijo del general Uraga, juarista recientemente unido al partido de Maximiliano; lo invita a comer. "Olvidemos las sombras pasadas", le dice cordialmente.

Recorre la región unas veces en carroza inglesa, otras a caballo, descubriendo a este país tan diverso, unas veces rico y alegre, y otras áspero, pobre, montañoso, y a esas ciudades como Morelia, opulentas con ricos palacios de piedra tallada y una bella catedral de torres esbeltas. No le importa cansarse y los que lo siguen echan pestes. "Estar a caballo durante ocho horas seguidas y más de diez o doce horas por día, es demasiado. Y después de esto, era necesario con frecuencia, durante cinco o seis horas, pasar por valles donde los caballos se hundían hasta el vientre en el agua y el barro, y con frecuencia trepar por montañas que eran verdaderos bloques de piedra".

Maximiliano declara que está encantado. Sin embargo, aflora una nota de pesar en una de sus cartas a Karl Ludwig, su hermano menor. "A pesar de toda mi satisfacción, deseo con frecuencia volver a ver mi bella isla de Lacrona. Ciertamente es para mí el rincón de la tierra que he amado más, donde he vivido las horas más felices de mi vida, donde conocí la paz y la alegría y jamás la tristeza".

En Toluca, última etapa, Carlota vino a su encuentro con madame Almonte y el conde de Bombelles, una Carlota vestida con un traje gris de amazona, cubierta con un sombrerito de fieltro blanco guarnecido de galón de oro, y encantada de esta pequeña fuga. Había partido a las seis de la mañana con un tiempo radiante. No lejos de México, en Santa Fe, dejó la carroza y montó a caballo. Allí la esperaba Bazaine con su estado mayor. Atravesó las aldeas donde los indios, agitando pañuelos de color en la punta de largas varas, aclamaban a la emperatriz y a los franceses.

Se detuvo en un campamento francés. El joven capitán Blanchot lo organizó todo, escogió el lugar cerca de un torrente

fresco, hizo levantar una tienda duplicada con una persiana de tela salpicada de ramos Luis XV y cuyo suelo estaba cubierto con una suave alfombra. En torno de la tienda, para atenuar los rayos del sol y evitar miradas indiscretas, hizo plantar un pequeño bosque de abetos.

El desayuno se efectuó en la tienda del mariscal Bazaine. Blanchot "echó mano de la mayor coquetería para hacer creer en un almuerzo ofrecido bajo los artesonados dorados de un palacio". Nada falta. Decoran a la mesa suntuosa guirnaldas de begonias y de orquídeas. El menú es digno de Brillat-Savarin. Incluso se pensó en los entremeses azucarados que le gustan muy especialmente a la emperatriz. El almuerzo estuvo muy alegre, porque Carlota hizo a un lado el exceso de etiqueta que hubiera podido volverlo afectado. Luego, se retiró a reposar. Durante esas cuantas horas, escribió la narración de aquella jornada que hará unir a las armas imperiales para ofrecerla al mariscal. Les enviará ejemplares impresos a algunos oficiales para testimoniarles su gratitud.

Con alegría volvieron a encontrarse ambos esposos, según parece. Carlota saltó de la carroza para ir a encontrar a Maximiliano. Al hacer esto, deja ver hasta muy arriba una pierna sin calzón. "Este pequeño espectáculo me ha indemnizado por todo el polvo que acababa de cegarme", anota Blanchot un poco licencioso como conviene a un joven oficial francés. Enorme multitud asiste al encuentro del emperador y de la emperatriz que se abrazan con tierna efusión.

El 30 de octubre, entran de nuevo en la capital, donde el recibimiento es tan entusiasta como el del 12 de junio.

* *
*

Maximiliano trae consigo impresiones personales de esta primera gira por la provincia. Ha podido juzgar las costumbres y los hábitos de los funcionarios y del clero. Supo que, en algunas aldeas, ya no bautizaban a los niños indios porque sus padres no podían pagar nada. En un pueblo un cura vino a excusarse con él por haber estado ausente en el momento de su llegada. ¿La causa? Había llevado a su hijo a la confirmación que estaba dando el obispo.

Si Maximiliano se siente feliz por el recibimiento que se le hizo, se ha visto obligado en muchas ocasiones a dar pruebas de severidad a título de ejemplo, y a revocar a funcionarios, porque descubrió la plaga de este país. "Lo peor de todo lo que he encontrado hasta el momento actual, son los emplea-

dos de justicia, los oficiales del ejército y la mayor parte del clero. No conocen absolutamente su deber y viven únicamente más que para el dinero. Los jueces son corruptibles. Los oficiales no tienen honor. Al clero le falta el amor cristiano y moralidad..." En suma, acaba de descubrir un México muy diferente del que le pintaban los desterrados mexicanos.

IX

LOS GRANDES PROBLEMAS

SE PLANEAN, IMPERIOSOS, los grandes problemas. Se trata de gobernar. Ya no bastarán los buenos sentimientos, la buena voluntad ni las bellas teorías. Se trata de fundar un imperio capaz de mantenerse solo cuando el ejército francés cese de sostenerlo.

¿Qué pueblo es éste en el que debe reinar Maximiliano? Un diplomático francés, el señor De Gabriac, decía hace poco: "Un pueblo de imbéciles gobernado por ladrones". Juicio sumario que contenía, sin embargo, una parte de verdad. En ocho millones de habitantes, México cuenta con cinco millones de indios, descendientes de los aztecas, clase miserable explotada desde hacía siglos; masa inerte, ignorante. Indolente, el indio se contenta generalmente con trabajar la tierra, con criar y vender aves. Tiene dos pasiones: el juego y los licores fuertes. De temperamento melancólico, ríe cuando está embriagado. Pacífico, dulce, está entregado a una casi esclavitud por hipócritas disposiciones legales. El *peón*, dedicado al cultivo de vastas haciendas es teóricamente libre de irse. Sí, pero con una condición: debe rembolsarle al propietario, antes de marcharse, sus deudas personales, y también las de su padre. Ahora bien, el salario es de tal manera reducido que jamás llega a liberarse. Al contrario, se endeuda más y más, porque, para retenerlo mejor, el amo le abre crédito en la tienda de menudeo del dominio. Puede adquirir allí aguardiente, ropa, utensilios para la casa, y no resiste la tentación.

Inteligente, no hace sin embargo casi ningún esfuerzo para salir de su condición. Raros son los que, como Juárez, logran ocupar un rango elevado en la escala social.